

## XXVI

**El doctor ha cogido la botella de licor y acorria el frasco de cocaína.**

**Q**UIERO escaparme! ¡Evadirme de esta horrible prisión submarina! Evitar el abominable drama que se está preparando. Salir de la pesadilla y frustrar los propósitos criminales del monstruo que había tenido la esperanza de convencerme y que por un instante había creído lograrlo.

Eran las cuatro de la madrugada. Al salir de aquella audiencia diabólica yo me había precipitado a mi cuarto, o mejor dicho, a aquella parte de la prisión que tan graciosamente se me había reservado. Allí me había arrojado sobre mi lecho; pero el sueño me había abandonado.

A la puerta sonaron unos golpes discretos.. Yo pregunté: "¿Quién es?", y reconocí la voz sorda y prudente del doctor, que me rogaba que abriera, cosa que hice al punto.

Mederic Cristal parecía muy inquieto y preocupado. El mismo cerró la puerta, después de

haber prestado atención a los últimos rumores que llegaban del salón de fumar, en el que von Busch—la bola ígnea—y von Freemann—la Muerte verde—se hacían servir seguramente la penúltima botella de *champagne* para regar la penúltima partida de *bridge*.

El doctor se sentó a mi cabecera y me dijo con la lengua algo pastosa, cosa que advertí en seguida:

—Buldeo nos dejará tranquilos. Acabo de administrarle un fuerte soporífero en un vaso de licor que nos proporcionará la paz a todos. Desconfíe usted de Buldeo, entre paréntesis—añadió—. Por lo demás, ha sido el mismo capitán quien me ha encargado de decirle ciertas cosas; pero no, no me ha encargado que le diga todo... Ese hombre—el capitán—necesita que se le quiera, y por lo demás merece que se le sirva a pesar suyo... Compréndame a medias palabras. Es por su bien por lo que trabajamos todos. No hay que dejarle que se deshonne con esa historia de mujer...

—Ya le comprendo—le interrumpí yo para saber exactamente si me interesaba algo proseguir la conversación—. Se trata de impedirle que cometa un crimen con la persona de la señora del almirante von Treischke, ¿verdad?

—Eso es; me ha entendido usted. *Sólo que es inútil servirse de palabras inútiles.* (Al decir esto se llevó rápidamente a los labios un frasquito que volvió a guardarse en seguida en el bolsillo.) Le ruego que me excuse. Esta noche he tomado un vasito de más de licor, que me exalta gran-

demente, y para calmarme tomo un poco de cocaína... ¿me permite?... No hay nada como la cocaína para calmar la irritación del alcohol... y a decir verdad, para lo que tenemos que decirnos, necesito hoy toda mi sangre fría, como pronto verá usted... ¡Decía, pues, que había que evitarle esa historia de mujer!... Así opina también la señorita Dolores y hasta su prometido Gabriel, honorable pareja, como ya habrá usted podido apreciarlo quizás...

—Sí, sí, es cierto.

—Y también opina lo mismo el primer oficial de maniobra, ¿sabe usted?, ese que usted llama el *midship* a causa de su juventud y su leal buen humor... ¿Comprende usted?

—¡Sí, sí!... ¿Entonces el *midship* está también en ello?...

—¡Cómo! ¿Que si está también en ello? ¿En qué es en lo que ha de estar también?... Tiene usted expresiones como para que le rompan brazos y piernas. Habría de tratarse de un *complot* para derribar el trono de España y no hablaría usted de otro modo... El *midship* es de nuestro parecer, eso es todo, y está dispuesto a ayudarnos honorablemente en el honorable asunto en cuestión.. Amigo mío, no hay que confundir cerca con lejos.

—¡No! ¡No! No confundamos—me apresuré a decir yo, temiendo haberle contrariado en tan magnífico momento.

—¿Verdad?... ¿Me ha comprendido usted?... Ya he dicho yo siempre que usted era un muchacho inteligente. Ante todo, procedamos con orden.

El capitán está encantado de tenerle a usted a bordo. Me ha encargado de que se lo diga. Una indiscreción que ha cometido usted y que quizás ha sido provocada por él (esto se lo confieso a usted para entre nosotros, porque dado el punto a que hemos llegado, podemos confesarnos muchas cosas) le pone en la cruel necesidad de conservarle a usted a bordo... Esta es una medida extrema que él no le ha ocultado, y que si a usted no le resulta, a él le favorece admirablemente. Advierta usted, mi querido amigo, que usted es *neutral* y que precisamente el capitán se estaba quejando siempre de que no hubiera en el *Vengador* un neutral capaz de anotar con imparcialidad todo lo que pudiera ver y oír. Y ahí tiene usted por dónde ha sido usted designado, mi querido amigo, para ser ese neutral... ese historiador maravilloso, único... En lo sucesivo encontrará usted abiertas todas las puertas, incluso las más cerradas. También he sido encargado de traerle esa excelente noticia... Se acabaron los misterios para usted, aun en el fondo de la cala más profunda, *aun en el cuarto de máquinas*... ¿Usted debe ser algo ingeniero, verdad?... Parece ser que el otro día echó una mirada extraordinaria a "las bobinas de trabajo de nuestra electricidad reconstituida".

—¡Yo! ¡Yo!—proferi...

—Sí, sí. Parece ser que eso no le pasó desapercibido al ingeniero en jefe, al señor electricista Mabell, que le dijo algo sobre ello al capitán...

—¡Ah!—exclamé yo—. Ahora me explicó ciertas actitudes durante la visita del navío...

—Bien, pues ahora puede estar usted persuadido de que eso ya no tiene ninguna importancia, puesto que le retienen a usted...

—Prefiero morir—murmuré yo.

—¡Cómo! Aún no es para tanto—dijo el doctor llevándose a los labios el frasquito con brusco y rápido ademán y haciéndolo desaparecer luego de nuevo en su bolsillo—... Acabo de tener una larga conversación con la señorita Dolores que podría modificar algo el programa por lo que respecta a usted... Sólo quiero llamar su atención sobre este importante punto. ¡La señorita Dolores "toma todo sobre sí"!... Es cosa conveniente... *Fracase o resulte el asunto*, ella será la única responsable... Una mujer puede explicarse siempre con un hombre, a no ser que, siendo ese hombre el capitán Hyx, la mujer sea la señora del almirante von Treischke.

—¡Concretemos!—dije yo acercándome a él—. Ha dicho usted: "*Fracase o resulte el asunto*"... Y yo quisiera saber exactamente de qué asunto se trata por lo que a mí respecta...

El doctor me miró con severidad y luego, tras otro sorbo del frasco de cocaína, se decidió a pronunciar la frase:

—¡De su evasión!...

Inmediatamente se llevó un dedo a la boca meneando la cabeza. Yo le hice señas de que comprendía y de que podía contar con mi discreción. Entonces él me cogió ambas manos, y como empezara a hablarle de mi agradecimiento, me dijo:

—Resérvelo para la señorita Dolores, con

la que tratará usted luego sobre su evasión...

—¿Y si habláramos un poco ahora?

—No, no. Luego, con la señorita... La señorita tiene un gran corazón en un precioso cuerpecito. Jamás consentirá que el almirante venga aquí y vuelva a marcharse tranquilamente como ha venido, con el recuerdo únicamente del martirio de su mujer y de algunos camaradas...

—¡Es cierto! ¡Esa es una idea de Satanás!—exclamé yo.

—¡Chist! ¡Chis! ¡Qué cargante se pone usted con su Satanás, santo Dios!...

—¡La buena de Dolores!...

—¿La buena de Dolores?—dijo el doctor con una sorna singular—. ¿La buena de Dolores?... ¡Habría que ver!... No es fácil decidirlo... Su bondad para con usted y la señora almiranta ha sido beneficiada, puede usted creerlo, por el extraño programa del capitán...

—¿De verdad?

—Naturalmente... Ella está enfadada con el capitán porque no la deja vengarse del almirante como lo había esperado siempre. ¡Oh! Puede usted creer que ella contaba con vengarse de esa fiera... Si; está muy enfadada con el capitán sobre todo desde que conoce todo su programa por una indiscreción del irlandés, porque les haya tenido cautivos a ella y a su novio para que ahora no puedan coger por su cuenta al almirante von Treischke, del que no quedaría gran cosa, estoy seguro, si pudieran acercarse a él... ¡Hum! ¡Hum!

—¿Es que la ha hecho sufrir mucho el almirante? pregunté yo.

—¡Cómo! ¿No conoce usted aún la historia?... Yo creía que se la habría contado el capitán el otro día, a los postres... porque es una historia que le gusta contar a los postres...

—Pero es que la señorita Dolores estaba comiendo con nosotros...

—Entonces sería por eso... Habrá juzgado inútil irritarla más contra el almirante en vista del programa que ya tenía trazado... A no ser por eso no se hubiera usted librado... ¡Oh! ¡Es la historia submarina más pintoresca del mundo!... ¡Y que tiene un gran éxito entre las peras y el queso, se lo aseguro! (Otro sorbo de cocaína.)

Yo me decía: Pero ¿cómo beberá la cocaína en el frasquito y no lo ha vaciado ya? Mas luego advertí que pegaba la lengua al gollete y no tomaba en fin de cuentas a cada vez nada más que una "impresión" de cocaína.

—La señorita Dolores—empezó—era la estancuera más bonita de Vigo; su estanco, coquetón, tenía gran éxito, aumentado más aún por el éxito del bar contiguo, en el que la madre de Dolores, que era casi tan guapa como su hija, servía en copas finas el dorado vino de las Españas... Escúcheme bien, querido amigo; esto no ha de ser muy largo.

—Le escucho, le escucho... De verdad. Le aseguro que no tengo el menor sueño.

—¿Conoce usted Vigo?

—Nunca he visitado la ciudad—dije yo—; pero he hecho escala allí cuando tomaba en Sou-

hampton los grandes vapores de la *Union Castle* que me conducían al Cabo. Nos deteníamos algunas horas en la bahía.

—Eso le bastará para que pueda usted apreciar ahora el valor estratégico submarino de Vigo y sus contornos... y cómo una buena organización submarina alemana, clandestina, misteriosa, solapada e ignorada oficialmente y quizás realmente también por las autoridades locales e indudablemente por el gobierno español, ha podido prestar servicios y puede prestarlos aún a la flota submarina del Kaiser que acecha a los grandes paquebotes en las rutas de Norteamérica y cuyas unidades han recibido la orden de doblar Gibraltar e ir a asesinar al Mediterráneo...

—Perfectamente...

—Las anfractuosidades de la costa en los contornos... las radas desiertas y casi inabordables para otros navíos que no sean submarinos a algunos pasos de la frontera portuguesa, podían y pueden constituir aún maravillosas estaciones de avituallamiento.

—Y eso sin contar las islas—dije yo.

—¡Oh! De las islas no hablemos... Los pocos islotes salvajes de que hubieran podido disponer con absoluta seguridad fuera de la bahía, y que tan bien les hubieran servido, *no estaban libres. ¡Alguien se les había adelantado!*

—¡Comprendido!...

—Bien... Continúo. Vigo no era más que un puerto de los muchos que tenía en España la organización alemana del avituallamiento de

submarinos... Puede decirse que toda la costa española debía de hallarse organizada de este modo con todo secreto o por lo menos puede afirmarse que los delegados alemanes iban a intentar organizarla con esa meticulosa perfección que ponen siempre nuestros enemigos en todas sus empresas, sobre todo cuando se trata de trabajar en la sombra... Ahora bien: Vigo era un punto tan importante para ellos en el Atlántico como Barcelona en el Mediterráneo... sin hablar de Melilla en la costa marroquí... y quizás fuera considerado Vigo el más importante de todos por cuanto que allí fué enviado con todo secreto un gran jefe encargado de dar el último toque a la organización del avituallamiento submarino, jefe que pasó allí varias semanas con todo un Estado Mayor secreto, como es natural... Este jefe, como ya lo habrá usted adivinado, era el almirante von Treischke en persona. Y el subjefe era un joven teniente de navío que se llamaba Fritz y que se enamoró de la linda estancuera... Toda aquella banda se hacía pasar por limburgueses que habían huído de los horrores de la guerra y se alojaban extramuros, junto a la bahía, en un castillo antiguo recientemente restaurado, en el que, de creer a las bellezas fáciles de la ciudad, la gente se divertía de firme... Así, pues, Fritz se había enamorado de Dolores. El hombre se arruinaba comprando cigarrillos de lujo. Von Treischke se divertía con ello y acompañaba a menudo a Fritz al bar, en donde vaciaban en seguida una botella de jerez. En otros tiempos von Treischke, por su parte, se

hubiera enamorado a buen seguro de la madre, que bien valía le pena, pero se dice que quiere mucho a su mujer y que la es fiel... (¿Será posible?... El doctor no se sospecha cuánto me hace sufrir este detalle que para él carece de interés.) Por lo tanto, von Treischke se contentaba con mirar y dar consejos. A él le parecía que su segundo era un bobo porque no precipitaba las cosas según sus deseos, pues Dolores se reía de sus insinuaciones, y hasta hacía la coqueta; pero en el fondo se burlaba en absoluto de Fritz. Ella había adivinado en seguida que trataba con boches y no podía quererlos. Dolores amaba a un francés, un francesito de San Juan de Luz, guapo como ella, algo contrabandista en tiempo de paz y bravo marino de guerra, que sirviéndose de su pesquero, se entregaba a una caza excelente y fogosa de los submarinos de Su Majestad... ¿Está usted?... ¿No se dormirá? ¿No? Ahora es cuando viene lo interesante... (Cocaína.)

—Siga, siga.

—Paso por alto detalles divertidos que el capitán no olvida nunca a los postres y llego al hecho culminante. (Cocaína.) ¡Maldito licor!... Así, pues, el contralmirante le reprochaba a Fritz su paciencia en el combate y Fritz se ruborizaba como una Gretchen ante su primer "novio de ensayo", como se dice en el Bosque Negro. Fritz era un boche muy sentimental, a lo Werther. Sus palabras de amor estaban saturadas de distinción. En el fondo, a mí me parece que no era mal muchacho; pero estaba allí el

von Treischke, que acabó por irritarse por sus modales de damisela.

—Está usted deshonrando al Cuerpo — le dijo—. Esa muchacha debería ser ya suya.

„Todas estas cosas fueron repetidas por la banda del castillo después del horrible suceso y creo que el von Treischke se vanaglorió de ello. Así es que no ignoramos nada de esta historia singular.

„El Fritz le contestó:

„—¡A la orden, mi almirante! ¡Qué más quisiera yo!

„—Déjame conducir tu barquita de amor, so bobo. Yo te traeré la señorita *y no olvides que estás de servicio ordenado.*

„Von Treischke se había mostrado siempre muy correcto con las dos mujeres. La madre de Dolores le consideraba como un hombre serio, demasiado serio quizás, pues, a decir verdad, ella quizás creyera que le hacía algo la corte por galantería mientras Fritz hacía los ojos dulces a su hija. Tanto es así, que aceptó sin desconfianza la invitación que le hizo de ir a dar una vuelta en auto con su hija después de cerrar el estanco y el bar cierta noche magníficamente estrellada.

„Había dos autos, uno conducido por el mismo Fritz y el otro por el *chauffeur* de von Treischke (el cual, entre paréntesis, se hacía llamar allí von Kessel, mientras que el joven Fritz von Harschfeld era conocido por el nombre de Fritz Schnitse).

„Para hacer las cosas convenientemente y de-

jar a salvo la moral, von Treischke se llevó a la hija consigo e hizo montar a la madre con Fritz. Esta pequeña maniobra era, a fe mía, de una habilidad y una hipocresía supremas... Después de un magnífico paseo por el campo y a la luz de la luna, aquellos señores hicieron entrar a las damas en el patio del castillo, en donde los criados, muy correctos y muy dignos, se adelantaron anunciando que la cena estaba servida... ¡Delicada atención!... Luego se presentaron algunos amigos con corteses saludos. ¿Cómo hubieran podido sospechar las dos mujeres la abominable maquinación fraguada por el von Treischke contra ellas?...

„Por lo demás, las cosas siguieron pasando con toda la corrección del mundo, con mucho *champagne* y mucha alegría. Tras lo cual, a la primera palabra que dijo la madre acerca de lo tardío de la hora, von Treischke se puso a su disposición para volver a conducir a las damas a su domicilio. Fritz siguió a su jefe.

„Esta vez von Treischke iba con la madre y ésta vió montar a Dolores en el coche de Fritz.

„—Hay que conceder cinco minutos a los enamorados—dijo riendo el falso Kessel.

„¡Y en marcha!...

„El primero en llegar fué el coche del almirante, que depositó a la madre de Dolores a la puerta de su casa. La mamá se asombró de no ver aparecer el coche de Fritz; pero su jovial y amable compañero le dijo:

„—Me parece que los enamorados han encontrado los cinco minutos muy buenos, pero de-

masiado cortos, y por eso los alargan un poquito. No habrán tomado el camino más corto. Pero pronto llegarán, no tema usted. Yo conozco a Fritz, es un inocentón.

„—Y yo conozco a Dolores. Tiene usted razón, caballero; no temo nada...

„—Entonces, querida señora, permítame que le dé las buenas noches.

„La madre de Dolores le dejó marcharse. No crea usted que lo sentía. Desde hacía algunos minutos le encontraba cambiado, demasiado alegre, demasiado exuberante, con una risa que le daba miedo. Ella atribuyó esto al *champagne*, que también había mareado un poco a la buena señora. Así que le encantó no tener que recibir a su huésped en su casa a semejante hora ni siquiera por cinco minutos y se instaló en una silla del estanco para aguardar a Dolores, quedándose dormida.

„Von Treischke, por su parte, había tomado el camino del castillo. En cuanto llegó fué a llamar a la puerta de Fritz, en cuyo cuarto sabía que había de encontrar a su lugarteniente y a Dolores, puesto que por orden suya la partida de la joven no había sido más que un simulacro y ella habría tenido que seguirle a Fritz a su cuarto de grado o por fuerza. ¡Atención! Ya llegamos al desenlace”—me hizo notar entonces el doctor, harfo inútilmente, pues yo me guardaba bien en verdad de no interrumpirle y le escuchaba con absoluta normalidad.

Mas no por eso dejó de callarse unos segundos, me miró, miró el reloj, meneó la cabeza,

tomó cocaína y me declaró que se hallaba muy perplejo, porque, al fin y al cabo, puesto que el capitán no me había contado esta historia, que se la contaba a todo el mundo, sería sin duda porque tendría sus razones para no hacerlo...

—¡Pero cómo!—profesé yo muy disgustado—. ¿Es que va usted a dejarme plantado a estas alturas?

—¡A estas alturas, claro que sí! ¡No se me había ocurrido!—dijo meneando la cabeza aquel hombre siempre vacilante—. Lo que sí se me ocurre es que es muy tarde y tengo que ir a acostarme... Consuélese pensando que la señora Dolores le contará mucho mejor que yo, si lo juzga oportuno, el fin de esa historia que no me pertenece... ¡Allá cada cual con sus responsabilidades!... ¡Buenas noches, mi querido amigo!... ¡Que descansen!

Yo no pude retenerlo, y, después de todo, hizo bien en marcharse, porque yo sentía grandes deseos de decirle cosas muy desagradables, lo que acaso no me hubiera perdonado. Sin contar con que hubiera incurrido en el delito de ofenderme por los modales de un hombre cuyos infortunios domésticos, considerándolo bien, habrían podido perturbar algo el cerebro...